



VERA ARANDA, A. L. (2009): Breve historia de las ciudades del mundo antiguo. Ediciones Nowtilus, S.L., Madrid, 240 pp. (ISBN: 978-84-9763-771-8)

Conocer el origen del urbanismo y las características de las primeras ciudades, resulta una tarea apasionante para los profesionales y estudiantes de la Geografía y de la Historia, así como para el público general. La obra *Breve historia de las ciudades del mundo antiguo*, constituye un interesante estudio que aporta conocimientos detallados y narrados de forma

muy atractiva, profundizando en aquellas urbes más relevantes y destacadas. A esos lectores no especializados va también dirigido este libro de carácter divulgativo debido, entre otras cuestiones, a la claridad con que se presenta el texto, no por ello menos preciso, ya que se trata de una obra de excelente rigurosidad.

El autor introduce la obra con un lenguaje muy asequible, explicando los inicios del urbanismo y dando unas breves pinceladas sobre su evolución hasta la actualidad. Pero este toque de atención sobre la importancia que tuvieron esas ciudades para el desarrollo de urbes posteriores, no debe desviar al lector del verdadero objeto del libro, que no es otro que acercarle a la cuestión que indica el título: las ciudades del mundo antiguo.

Comenzando por una introducción donde se aclaran los criterios de selección de las ciudades analizadas, Ángel Luis Vera realiza un recorrido a través de siete capítulos mostrando las urbes más relevantes de las principales civilizaciones de la Antigüedad, atendiendo a aspectos como son la importancia demográfica y urbana. En este caso, se presentan las ciudades más pobladas de su tiempo. La escasa fiabilidad de las fuentes hace que este trabajo de averiguar la aglomeración urbana con mayor número de habitantes que había en el mundo, sea cuanto menos una tarea ardua y complicada. El procedimiento seguido por el autor para calcular la cantidad de habitantes ha sido tener en cuenta la superficie y la densidad de población, que es el método que siguen la

mayoría de los investigadores. De igual modo se presentan ciudades que aunque no se encontraran entre las más habitadas, sí que fueron grandes metrópolis. Por último, el caso concreto de Jerusalén, que no ha sido importante por su población, sino más bien por su condición de ciudad sagrada.

El interés de esta publicación reside en la seriedad de los datos aportados que ofrecen la posibilidad de adentrarnos en los aspectos más destacados de estas ciudades, sus problemas, enigmas, conflictos, acontecimientos históricos relevantes, obras de arte desaparecidas y otras conservadas o reconstruidas, así como los personajes que contribuyeron tanto a engrandecerlas como a destruirlas. Además se insertan una treintena de fotografías que ilustran la narración mostrando planos, dibujos, tipos de viviendas, obras artísticas, reconstrucciones de monumentos, obras de ingeniería, recintos amurallados, maquetas e incluso alguna fotografía aérea.

A pesar de la acertada selección de las imágenes mostradas las reconstrucciones visuales que se hacen de los grandes complejos urbanos de la antigüedad, pierden mucha calidad al aportarse en un formato muy reducido en una calidad de impresión en blanco y negro que reduce considerablemente las posibilidades de la información gráfica que se ofrece. Por sus características, hubiera sido muy deseable que aparecieran en color e incluso a un tamaño un poco mayor.

La estructura de la obra se organiza en siete capítulos precedidos por una introducción. A continuación, se establecen los ámbitos geográficos y se sigue un orden cronológico.

Es necesario comprender que el fenómeno urbano surge sobre todo en los valles de los ríos muy caudalosos como el Tigris, Eufrates, Nilo, Hoang Ho (Huang He), Yang Tsé Kiang (Yangzé), Indo o Ganges, buena parte de los cuales atravesaban franjas áridas y desérticas cuyos suelos, no obstante, eran enormemente fértiles.

En el primer capítulo se analizan las primeras civilizaciones urbanas en el ámbito de Mesopotamia, que es donde tienen su origen las ciudades. Aquí se le presta una especial atención a la primera gran aglomeración urbana: el gran Ur. Se explican los factores que llevaron a que esta zona se convirtiera en cuna de grandes civilizaciones. Entre esos factores destacan la presencia de los ríos Tigris y Eufrates, que le dan nombre a la región, y la capacidad de sus

pobladores de organizarse y producir alimentos que abastecerían a los habitantes del lugar.

La presencia en ella de diversos pueblos como sumerios o acadios, y de gobernantes como Ur Nammu o Shulgi, hicieron que pasara por momentos de estancamiento y de gran crecimiento. Se cree que en el mayor momento de apogeo de la ciudad, contando con su área de influencia, albergaba a una población que se situaría cerca del cuarto de millón de habitantes. Las grandes aportaciones de los sumerios de Ur fueron la escritura, la rueda, la astronomía, las matemáticas o soluciones constructivas como la bóveda. A partir del año 2000 antes de Cristo, la ciudad fue abandonada progresivamente, probablemente por una serie de malas cosechas y de ataques de otros pueblos. En este contexto, se sitúa al personaje bíblico Abraham, fundador del judaísmo, natural de Ur, que emigró para buscar un emplazamiento más propicio y adecuado.

En los primeros años del siglo XX de nuestra era, el arqueólogo británico Leonard Woolley inició las excavaciones en las ruinas del asentamiento de Tell el Muqayyat donde descubrió las tumbas reales y sus ajuares y fue la persona que interpretó que el gran Ur, podría ser la ciudad del Diluvio Universal que describe el Antiguo Testamento.

El segundo capítulo hace referencia a la Babilonia de Nabucodonosor. En el anterior apartado se recogía la Babilonia de Hammurabi, que comenzó su Historia, como no podía ser de otro modo, a orillas de un río, el Eufrates, en un lugar estratégico y de fértiles tierras. El soberano Hammurabi redactó el código de leyes más importante conservado del mundo antiguo. Pero sin duda el rey más destacado que tuvo la ciudad fue Nabucodonosor, que la convirtió en un espléndido conjunto monumental y construyó una de las Siete Maravillas del mundo antiguo, los Jardines Colgantes de Babilonia, a los que se hace referencia continuamente en diversas fuentes clásicas. Ciertamente es que en la Biblia, la ciudad no sale muy bien parada, calificada como centro de vicio e inmoralidades, pero se trata únicamente de una imagen distorsionada producida probablemente por prácticas o costumbres diferentes a las de ciudades de su alrededor, ya que en realidad, fue una de las ciudades más tolerantes de la Antigüedad, además de ser centro intelectual y cosmopolita, de ahí la leyenda de la Torre de Babel. Por desgracia, la Historia Universal escrita a mediados

del siglo III a. C por el sacerdote Beroso se ha perdido, aunque aún se conservan citas de otros autores.

El siguiente capítulo, el tercero, trata sobre la capital faraónica de Tebas, en el Antiguo Egipto, cuya prosperidad fue posible gracias a la presencia del Nilo. La capital del Imperio Medio y del Nuevo, recibió diferentes nombres a lo largo de su Historia. Se caracterizó, entre otras cuestiones, porque desde ella se organizó la construcción del Valle de los Reyes y de las Reinas, el templo en Deir El Bahari de la reina Hatshepsut, los Colosos de Memnón, las ampliaciones de los templos de Luxor y Karnak por parte de Ramsés II, etc. Por ella pasaron numerosos faraones, y fue en la época de Amenhotep III cuando llegaría a su máximo esplendor, siendo probablemente en aquella etapa la mayor aglomeración urbana del mundo, hasta que Amenofis IV trasladó la capitalidad a una nueva ciudad, aunque tiempo después, volvería a recuperar el rango de capital. Posteriormente, los Pueblos del Mar la destruyeron y perdió importancia y población. El macedonio Alejandro Magno apareció en el año 331 a.C construyendo la nueva capital, Alejandría, lo que fue el detonante del declive y la desaparición de Tebas.

Jerusalén, ocupa el capítulo cuarto completo. La Ciudad Santa es la encargada de albergar la piedra que veneran las tres religiones monoteístas más importantes del mundo. Abraham, Jesucristo y Mahoma, guardan profunda relación con este objeto sito en uno de los territorios más convulsos y problemáticos del planeta. En esta ciudad no existe la presencia decisiva de un río, más bien al contrario, posee una orografía con colinas y valles que facilitaban su defensa. Con Salomón, hijo del rey David, la ciudad alcanzó su primer florecimiento, pues embelleció la ciudad realizando una obra importantísima recogida en el Antiguo Testamento: el Templo en el que se conservaba el Arca de la Alianza. Ahora bien, tras distintas vicisitudes, su mayor esplendor lo conoció con Herodes el Grande y su monumental programa de construcciones: palacios, acueductos, ampliación del recinto amurallado y de la fortaleza, y el Gran Templo que Jesucristo conocería, y que el emperador romano Tito se encargaría de destruir. Del mismo únicamente nos ha llegado el Muro de las Lamentaciones. A partir del año 129, Adriano reconstruyó Jerusalén como una colonia romana y le puso el nombre de Aelia Capitolina. Tras varias revueltas, los judíos fueron expulsados de la ciudad y los romanos

transformaron radicalmente el urbanismo, trazando el cardo y el decumano y construyendo templos como los dedicados a Júpiter y a Venus.

Cartago pasará, como se narra en el capítulo quinto, de capital púnica a gran colonia romana tras ser vencedora esta última al finalizar las Guerras Púnicas. Desde la legendaria fundación de la ciudad fenicia hasta la llegada de otros pueblos, sufrirá numerosas modificaciones hasta su destrucción final por bizantinos y musulmanes. El momento en que la ciudad alcanzó mayor número de habitantes fue hacia el año 200, cuando se estima que alcanzaría los 500.000 o 700.000 habitantes si se tienen en cuenta las villas y los suburbios de su alrededor. De este modo se convirtió en la segunda ciudad del Imperio después de Roma. Se construyeron muchas obras, entre ellas una de ingeniería de gran importancia, como fue el enorme acueducto construido por Adriano a partir del año 118, el mayor del mundo antiguo.

El capítulo sexto trata sobre la presencia de las grandes ciudades asiáticas y americanas durante la antigüedad. En el Extremo Oriente asiático han existido las civilizaciones más desarrolladas del mundo, a pesar de no ser así en los últimos doscientos años. Asimismo albergaba las mayores ciudades y a la mayoría de la población del mundo. Desgraciadamente muy poco se conoce de las ciudades en esta parte del planeta. El motivo de que estas urbes chinas e indias sean tan desconocidas es que la Historia que se conoce se ha escrito fundamentalmente en estos últimos siglos, cuando China e India ya no eran los grandes imperios que fueron en el pasado.

La ciudad de Pataliputra o Patna ha sido la escogida por el autor. Se encontraba a orillas del Ganges y durante el primer siglo de su historia alcanzó los cien mil habitantes. Bajo el reinado de Asoka se convertiría en la ciudad más grande del mundo, pero fue destruida posteriormente por diversos pueblos invasores. En la actualidad, bajo el nombre de Patna, constituye una brillante ciudad con cerca de dos millones de habitantes, que conserva escasos restos de aquella deslumbrante ciudad.

En el altiplano mexicano, dotado de una serie de atributos como son la agradable temperatura y la abundancia de agua, surgió una de las mayores aglomeraciones urbanas de América: Teotihuacán. En el libro se adjunta un plano que muestra sus principales construcciones y edificaciones: el gran eje principal o avenida de los Muertos, las pirámides del Sol (la tercera más grande

que se conserva en el mundo) y de la Luna, edificios públicos, plazas, templos, viviendas, etc. Su población fue aumentando paulatinamente y acabó convirtiéndose en un gran centro religioso. Probablemente la decadencia de esta ciudad sea la que presenta más complejidad a la hora de explicarla, pero sin duda serían la concatenación de una serie de factores los que la llevarían a su declive. En cualquier caso, sus restos se conservan en la actualidad y constituye un gran conjunto monumental declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO desde 1987.

Para finalizar, se presentan de forma muy resumida, cuatro urbes que alcanzaron también un gran desarrollo: la primera ciudad conocida, Jericó, la capital del Antiguo Egipto, Menfis, la india Mohenjo-Daro, primera en poseer un eficiente sistema de alcantarillado, y por último Nínive, capital de los asirios.

A lo largo de las páginas que configuran esta magnífica obra se ha presentado de forma concisa a la vez que excelente, la historia de las ciudades más importantes del mundo antiguo anteriores al clasicismo de Grecia y Roma. Como bien apunta el autor en la conclusión final, estas ciudades, desgraciadamente, no han llegado hasta nosotros y solo podemos dejar volar nuestra imaginación a través de sus restos para soñar y descubrir la magnitud y esplendor que alcanzaron.

Ángel Luis Vera conjuga en este libro diversas disciplinas a la hora de describir las ciudades: la Geografía, la Historia, la Arqueología, el Arte, la Antropología, incluso las Matemáticas y la Literatura, ofreciéndonos una amplia visión de lo que pudieron ser y de lo que realmente fueron en muchos casos. Este carácter interdisciplinar que aporta los distintos saberes y características de los pueblos tratados dan como resultado un minucioso y admirable trabajo que nos acerca a ciudades perdidas aunque nunca olvidadas.

La obra cautiva desde el principio de su narración, no sólo por el interés de su temática, sino por la rigurosidad de la exposición que se ofrece fruto de la investigación en la que se adentra el autor y sobre todo por la agilidad de la pluma que la redacta.

Patricia Díaz Serrano
CEIP Maestra Isabel Álvarez